

Vicisitudes del discurso analítico en el trabajo con niños



ALICIA KACHINOVSKY¹

«...no hay relación natural, inmediata y directa entre el hombre y el mundo, ni entre el hombre y el hombre.

Hace falta un intermediario, este aparato simbólico que ha hecho posible el pensamiento y el lenguaje.» (p. 31)

E. Benveniste (1977)

A MODO DE PRESENTACIÓN...

Hace algún tiempo fui consultada por Mónica, la mamá de Andrés. Comenzó haciendo explícito su motivo de consulta a través de un discurso técnico y algo distante: «*El emergente es la Escuela*».

Andrés tenía en aquel momento seis años y había iniciado su primer año escolar. La expresión materna aludía a los tropiezos del niño en dicho ámbito; todas las áreas clásicamente subrayadas por los maestros estaban comprometidas:

1. En cuanto al *aprendizaje*, presentaba dificultades en lecto-escritura, en matemáticas y en francés.

1 Profesora Titular, Facultad de Psicología, y Miembro Asociado, Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Francisco Soca 1209 / 101, e-mail: alika@psico.edu.uy, (598) 2 708 48 74.

2. Respecto a su *conducta*, era agresivo –pegaba y pateaba–; siempre parecía estar «*en otro mundo*». Incluso se había manejado la idea de una suspensión por parte del Colegio.
3. Su *desempeño personal-social* quedaba signado por su dependencia de los adultos: «*La maestra tiene que estar siempre al lado de él*».

Sus dificultades de aprendizaje –en particular aquellas vinculadas a la adquisición del código escrito– parecían angustiarlo. A la hora de los deberes se ponía a llorar y decía: «*Todos escriben y yo no*».

¿Cómo se anudaba toda esta problemática en torno a la escolarización con su cotidianeidad, con su historia y, sobre todo, con las vicisitudes de los primeros aprendizajes de su devenir humano?

El embarazo de Andrés, vivido en forma muy culpógena por su madre, había precipitado el casamiento de sus padres. Dos años más tarde el matrimonio se disolvía por existir «*demasiadas diferencias*» entre ambos. Una «*ruptura tajante*», escasamente narrativizada al niño (y a mí).

De aquella pareja no parecía conservarse ni siquiera una historia oficial. Cada uno había formado una nueva familia. El padre se había mudado a Buenos Aires, por lo cual lo veía solo una vez al mes. El niño vivía con intensa angustia las despedidas que estos traslados suponían.

Las diferencias mencionadas abarcaban muy diversas circunstancias pero, fundamentalmente, aparecían muy acentuadas si se comparaba el éxito profesional de ambos padres. En este sentido, Andrés siempre se sentía obligado a justificar las privaciones económicas de su padre, que incluso le impedían costear algunos pasajes y acortar la distancia entre encuentros.

Empecé a entender algo más de estas dos realidades de Andrés cuando conseguí conocer la otra cara, Hugo. Una gestualidad teñida de cierta dureza del lado de la madre, se contraponía a una expresión más distendida del padre. Incluso Mónica lo describía como «*cariñoso*». En cambio ella era calificada por Hugo como «*imperativa*», habiendo provocado en su ex-esposo un fuerte sentimiento de «*ahogo*».

También Andrés funcionaba de diferente manera en un lado y en otro. La madre se quejaba de la falta de límites de su hijo, y el padre relataba la tendencia del niño a aceptar de buen grado las normativas familiares. Marcadamente dependiente con su madre, se mostraba relativamente

independiente en la relación con su padre. En la casa materna necesitaba dormir con la luz prendida, por temor a los «*monstruos*». En la casa paterna nada de ello ocurría. Andrés había hecho suya aquella *ruptura tajante*. Ni siquiera aceptaba hablar por teléfono con uno de sus padres si estaba en la casa del otro. No obstante, ambos padres coincidían en su falta de iniciativa y en su actitud reticente.

La situación más crítica acontecía en el entorno materno. Mantenía con ella discusiones interminables, que siempre lograban desencajarla; la madre lloraba sin saber qué hacer.

No podía dejar de estar pendiente de él: «*Lo hace para que esté todo el tiempo con él*».

Con su actual esposo, Marcelo, era distante y temeroso. Tal vez porque Andrés era motivo de conflicto de la nueva pareja: «*Se mete entre nosotros para que no hablemos o terminemos discutiendo. Nos calentamos con él.*»

Mónica lo describía como un niño «*desobediente*»: «*¡Siempre es NO! Al final es una lucha a ver quién puede más.*» Se quejaba de sus mentiras; se sentía engañada y era elocuente su enojo.

Fuera y dentro del colegio tenía dificultades en los vínculos con sus pares. La maestra había manifestado su frecuente presencia en la enfermería: «*No le pasan ni las balas. Le pegan y no llora.*» Decía que tenía «*fama de malo*».

PRIMER ENCUENTRO CON ANDRÉS

Su postura corporal es rígida. Mira la mayor parte del tiempo hacia abajo, eludiendo mi mirada. También evita el encuentro de las palabras... El tiempo transcurre muy lento y con poca acción.

Apenas abre la caja de juego, saca un soldado y lo esconde en su falda. Señalo su necesidad de esconderse, de ocultar lo que no quiere o no se anima a mostrar. A modo de justificación añado que no sabe cómo lo voy a mirar yo, no me conoce todavía. Entonces coloca el soldado sobre la tapa de la caja, pero no hace nada con él. Le pregunto qué está haciendo el soldado. Con una voz escasamente audible responde: «*Disparando...*».

La doble acepción atribuible al verbo disparar condensa lo que allí ocurre: se aleja y toma distancia del vínculo conmigo, pero también ataca. ¿Se aleja para no atacarme o esa misma distancia es una forma de ataque?

Luego sigue inmóvil y en silencio. Espero... Sugiero que lo que él no me quiere mostrar ni hablar tiene que ver con esos disparos: ¿con hacer daño, con sus ataques, con sus enojos?² No emite palabra alguna en respuesta, pero de pronto escucho el ruido de un flato que se le ha escapado.

Le digo que así me ha ayudado a entender algo: no mueve al soldado porque teme que empiece a hacer cagadas, que todo se haga mierda. Asiente muy seguro con movimientos de cabeza. Continúo diciéndole que es muy entendible, que él no sabe qué puede pasar conmigo si él despliega sus cagadas, si yo podré tolerarlas. Por eso él trata de aguantarlas y aun así se le escapan. ¡Por suerte se le escapan, ya que necesitamos investigar juntos por qué las hace!

Estos primeros veinte minutos, difíciles para ambos, son bastante elocuentes en lo referente a una arista fundamental de su modalidad vincular. En ellos se prelude lo que más adelante se formalizará como propuesta lúdica reiterativa: los juegos del escondite.

DELIMITACIÓN DE OBJETIVOS DEL PRESENTE TRABAJO

Procuró interrogar, junto a Andrés, algunas particularidades del discurso analítico en el trabajo con niños. Quizás porque la tarea más ardua de este análisis consistió en desarticular ese «*NO-fortaleza*» del que me hablara la madre en nuestro primer encuentro y que, paradójicamente, no cesaba de subrayar su fragilidad e indefensión. Leit motiv analítico: símbolo de las dificultades de este niño en el manejo de sus afectos.³

Un ¡NO! que vestía múltiples ropajes; no solo aquel de la partícula verbal. También el de la indiferencia, los olvidos, los cambios de tema y otras formas de desviar mi atención, los silencios prolongados, las racionalizaciones elaboradas...

2 Luego me enteré que ese mismo día había destrozado una silla de su casa, extremo al que nunca había llegado. Él mismo había quedado después impactado y asustado.

3 Umberto Eco (1994) plantea que «San Agustín fue el primero en explicar que cuando la escritura insiste de manera ambigua en cosas que la economía del discurso quisiera que se dieran más rápido, tenemos que presentar un sentido simbólico». (p.19)

Emergía, asimismo, frente a cualquier señalamiento o interpretación, e incluso en ocasión de preguntas relativamente amplias. Contradecía las versiones maternas si sentía que ellas podían afectarlo.

No podría afirmar que este escudo operaba selectivamente; el carácter de los afectos implicados podía ser amoroso o agresivo. Tanto la alegría como la tristeza quedaban sujetadas por este implacable control.

Sentía que mis palabras rebotaban contra una muralla que no era posible traspasar. Mis primeros pasos consistieron en señalar sus temores respecto a mis palabras: quedar atrapado, confundido, atacado, penetrado... Fui ganando su confianza, aunque siempre parecía haber ciertos límites infranqueables.

He aquí un núcleo de problematicidad en el análisis con niños en el que he decidido detenerme a reflexionar. Texto que se torna pretexto: con cierta frecuencia nos encontramos con pacientes que forjan una resistente barrera –defensas rígidamente estructuradas– contra cualquier intervención analítica. Me refiero a aquellos que así funcionan con cierta sistematicidad. Logran generar en el Analista un sentimiento de fracaso, de futilidad. La pregunta que en estos casos se impone es cómo instaurar o restaurar la función analítica con ellos. No alcanza con «devolverles» estos sentimientos, con los que logran activamente hacer padecer al otro lo que ellos mismos sufren y gozan pasivamente.

Considero que la respuesta se aleja de lo que podríamos llamar un discurso analítico clásico o tradicional. Quiero decir con ello que la respuesta debe buscarse en las modalidades más representativas del propio discurso infantil. Este contempla la palabra, se vale de ella, se nutre de ella y la produce; pero es una palabra modalizada por el movimiento, por el gesto, por la dramatización, por el juego... El cuerpo siempre está allí, comprometido en ese diálogo que el mismo cuerpo protagoniza. La comunicación infantil no admite la independencia de la acción, más característica del intercambio adulto.

«Discurso entonces que aúna verbo y acto. Allí donde Freud (1912–13) retoma a Goethe para subrayar que «en el comienzo fue la acción», subvirtiendo así la frase bíblica de que «en el comienzo fue el verbo».» (...) «Es que el gesto se hunde en el lenguaje que preexiste al sujeto (pero) en el otro. Cambio progresivo que hace a la diferencia del discurso infantil, ... del hacer-decir al decir-hacer.» (Casas, 1991, pp. 28, 30)

Señala Myrta Casas que este «hacer–decir» articula el hacer decir al otro. Gesto que apela y convoca la respuesta inmediata del que mira-escucha, del semejante. ¿Cómo se posiciona el analista de niños para responder? Si se ubica como intérprete o traductor se reproducirán los desencuentros que acontecen entre quienes no hablan un mismo idioma. Evoco los titulares maternos («*El emergente es la Escuela*»), discurso asintótico con las demandas de Andrés.

Pero si el gesto o el acto son abordados como lenguaje en sí mismos –polo semiótico que adjuntamos y conjugamos con el lingüístico–, nuestra respuesta no puede transcurrir por otros canales comunicativos. El discurso del analista de niños debe configurarse también a través de gestos, acciones y palabras. ¿Podemos hablar aquí de «regresión operativa»? Más allá de la respuesta, tal postura supone una particular exigencia y un singular desafío.

Algunos hitos capitales del análisis de Andrés permitirán dar cuenta de la validez de herramientas o recursos que logran revertir su modalidad de funcionamiento más habitual. Modificando aquella responsividad iatrogénica anclada en el ¡NO!, gana el espacio analítico y fructifica en él lo activo y lo vital.

PERIPECIAS DEL DISCURSO ANALÍTICO

1. La personificación de la pelota

Andrés ha estado enfermo una semana, no pudiendo concurrir a ninguna de sus dos sesiones. Me sorprende a su regreso el gesto de seriedad y tristeza que lo embarga. Se mantiene en silencio, sentado en una repesera a la que acude cada vez que algo lo obliga a tomar distancia de mí. Cualquier aspecto que yo pueda explicitar al respecto es enérgicamente desautorizado por él. Responde con furia; se tapa la cara; se esconde en un rincón.

ANALISTA —No... Andrés no está escondido para que yo no pueda ver lo que siente, lo que piensa... No, Andrés vino hoy muy contento. (*El tono pretende ser de broma y no de burla.*)

Sonríe con disimulo y empieza a mirarme de reojo. Luego dice:

- ANDRÉS —Estoy buscando una cosa y no la encuentro.
- ANALISTA —¿Qué será lo que estás buscando de mí y no encontrás? Capaz que yo diga: Pero, Andrés, ¡cuánto te extrañé la semana pasada! ¡Cuánto me preocupó tu enfermedad! ¡Cuánto te quiero!
- ANDRÉS —¡Ah! No puedo salir de acá. (*Se refiere a su escondite.*)
- ANALISTA —¡Cuesta salir de los enojos!
- ANDRÉS —¿Dónde está? Acá. Un papel que decía una cosa. Era un juego. (*Tal papel es inexistente y él vuelve luego al rincón del que había salido.*)
- ANALISTA —Si te mostrás capaz que te sentís demasiado débil, yo podría ver tu debilidad. En cambio te ponés esa coraza del «no pasa nada». ¡Que yo te vea fuerte! (*Esconde su abrigo bajo su ropa y se ríe.*)
- ANDRÉS —En serio, es mi barriga. ¡Mirá!⁴
- ANALISTA —Como los sentimientos de Andrés... el buzo está escondido.
- ANDRÉS —Vos te tenés que sentar ahí y yo le pego a la pelota con esto.

Recupera el buzo y lo emplea como bate. Yo tengo que arrojar la pelota una y otra vez. Noto que le pega con fuerza y con ganas, por oposición a la actitud desvitalizada que ha predominado en los treinta minutos anteriores. Casi sin pensarlo, empiezo a emitir quejidos por cada golpe que recibe la pelota.

- ANALISTA —¡Ay! ¡Uy!
- ANDRÉS —¿Por qué te quejás?
- ANALISTA —Yo soy la pelota.

Observo su sorpresa, que luego se convierte en una sonrisa complaciente. Continúo quejándome, caricaturizando el gesto de dolor. Los turnos dialógicos empiezan a sucederse con fluidez e intensidad. Andrés le pega a la pelota con creciente fuerza y entusiasmo. A cada golpe añado ahora el sujetar con mis manos una parte distinta de mi cuerpo, eventual-

4 El lector tal vez prefiera otra línea argumental que en esta ocasión no seguimos: barriga-embarazo-hijos...

mente castigada. Más adelante empezaré a nombrarlas. Finalmente será el propio Andrés quien las enuncie:

ANDRÉS — ¡Te queda solo un ojo! ¡Ahora la nariz! ¡Las orejas! ¡Ya no te queda ningún ojo! (...)

Lo más subrayable es el cambio de su gestualidad y su tono de voz. ¡Cuán sorprendido queda cuando se lo menciono hacia el final de la sesión! Esta vez sí acepta mi señalamiento, con una actitud de conformidad. Le digo que muchas veces le pasa algo de esto: se queda con toda la bronca y eso lo deja amargado, triste, desganado. Esta vez fue diferente: pudo sacarla para afuera, constatando que yo también estoy bien. Nada se ha roto entre él y yo.

Después de estas palabras mías, nos despedimos. Andrés se va contento; yo me siento aliviada y útil.

Creo que en este último tramo de la sesión se impone una mención al concepto de Winnicott sobre «*el uso del objeto*». Decirle que yo era la pelota constituía un ofrecimiento de disponibilidad que Andrés no rehusó. Ganó la confianza frente a la desconfianza, lo verdadero frente a lo falso.

La personificación de la pelota configura un valioso ejemplo de lo que he considerado como la creación de un *objeto mediatizador* o de un *objeto intermediario*. Vale la pena subrayar, asimismo, la operatividad de la broma, del absurdo y de la caricatura como herramientas removedoras.

2. El Analista como espejo

El juego del espejo surgió en un contexto similar al descrito en la sesión relatada. Andrés estaba sentado en el mismo sillón, callado, dispuesto a no dar-mostrar nada de sí. Se había creado un clima muy tenso, que se alimentaba de un pertinaz silencio y de una gestualidad endurecida. ¿Así como la de su madre?

Demasiado sabía yo acerca de la futilidad de mis palabras en tales circunstancias. Mi creciente incomodidad me empujó por los caminos de la mímica y así empecé a caricaturizar aquellos gestos que, al ser imitados, se sintieron retroalimentados (escuchados-mirados).

Andrés respondió multiplicándolos y enriqueciéndolos. En este nuevo espacio vitalizante floreció toda una gama de expresiones difíciles de

enumerar. Más tarde, y de común acuerdo, fui poniéndoles nombre a esos estados de ánimo que Andrés ahora dramatizaba y recreaba.

No dejaba de ser una nominación tentativa, entre signos de interrogación. Oferta de matices por las que Andrés podía optar, incluso cuando a veces me faltaban palabras... Y entonces las sonrisas o las risas de ambos contestaban, en una suerte de complicidad, que allí no se agotaban los posibles sentidos. Camino irreversible que nos había llevado de lo tenso a lo distendido, de lo mortífero a lo vitalizado, de la incomunicación a la comunicación.

Esta herramienta, a la que designo como «*caricaturización*» –por su cualidad de subrayar el exceso–, ha sido de gran utilidad para mi labor analítica con niños. Es altamente elocuente, relativiza y circunscribe una realidad afectiva, creando un clima propicio a su autorización. Pero además, pienso que permite ingresar en la trama del discurso infantil, presentificando ese otro imprescindible de la estructuración psíquica del niño.

Gesto que responde al gesto; gesto que sostiene al gesto; encuentro que recrea los diálogos inaugurales madre-bebé.

3. Las dramatizaciones

No podría dejar de mencionar en este contexto a las dramatizaciones, frecuentes recursos del lenguaje infantil. La complejidad de esta temática desbordaría los objetivos del presente trabajo y no encontraría en Andrés las viñetas más representativas. Me limitaré a señalar, por lo tanto, un problema concordante con las presentes reflexiones, sobre la materia prima de la interpretación en el psicoanálisis con niños.

Quien ha trabajado en esta área sabe de la violencia generada por una intervención «decodificadora» del analista, que siempre quiebra el clima dramático que el niño ha procurado crear. En tales circunstancias nos alejamos del rol que este nos ha asignado; lo traicionamos por así decir. A continuación surge el enojo y la desilusión del lado de quien no se siente acompañado y escuchado.

Quiero aclarar al respecto que no se trata de calmar enojos o de obturar desilusiones tantas veces necesarias; pero tampoco es nuestro objetivo fabricarlos. Pienso, en cambio, que el desafío se hace evidente una vez más cuando nos proponemos salir de ese lugar de intérpretes o traductores, e intervenir analíticamente.

El punto de partida de este oficio implica habitualmente un libreto ambiguo que el niño nos proporciona para que le demos forma. Desarticulamos así la dicotomía dramatización-interpretación. Nuestro hacer o no hacer en el contexto del personaje dramatizado es siempre grávido en consecuencias. Acompaño nuevamente a Myrta Casas cuando, siguiendo a J. Austin (1962), subraya que porque decimos hacemos cosas con palabras, y porque hacemos decimos.

Cuando jerarquizamos el acto como sustancia princeps del discurso infantil y del lenguaje analítico en ese ámbito, implícitamente aludimos a nuestra concepción y participación en las peripecias de los procesos de simbolización en la infancia. Procesos que, valga la insistencia, siempre requieren de ese otro o semejante que «*toma a su cargo la función de teorización de lo incognoscido*» y «*brinda no solo el código de la lengua, sino una organización discursiva...*» (Bleichmar, 1993, pp. 94-95), aún antes que el niño se historicice.

En un trabajo anterior –«*Preludio a los procesos de simbolización*» (1993)–, proponía re-pensar los aportes de Jerome Bruner (1984) al tema, desde el psicoanálisis. Este describe y diferencia tres tipos de sistemas de representación: enactiva, icónica y simbólica («*...conocer algo por medio de la acción, a través de un dibujo o una imagen y mediante formas simbólicas como el lenguaje*», p. 122).

Respecto a las dos primeras –enactiva e icónica–, considero que tales representaciones podrían operar a modo de precursores de la palabra. La representación icónica, por ejemplo, como lenguaje de imágenes, compartiría la cualidad sensorial del lenguaje propio del Sistema Inconciente («*miramiento por la figurabilidad*»), jerarquizando una modalidad visual; un lenguaje de imágenes, un lenguaje primitivo, que lleva el sello de la pulsión. Desde esta perspectiva podríamos decir que el gesto estaría «*enunciando algo muy próximo a «la verdad» del deseo inconciente*» (Casas, 1991, p. 32), y la palabra, que generalmente se articula en el sistema simbólico, testimoniando de la acción de la represión.

OBJETO MEDIATIZADOR O INTERMEDIARIO

Retomaré a propósito de este título la sesión de la pelota y, en especial, su protagonismo en ella. Es evidente el cambio que se produce en Andrés

cuando le digo que «yo soy la pelota», invitándolo así a trasladar al objeto que me representa toda su furia. Es muy interesante observar cómo en el momento en que puede expresarlo con su cuerpo –literalmente le pega a la pelota–, las palabras empiezan a surgir con fluidez y autenticidad.

Ya Melanie Klein (1932), en los orígenes del psicoanálisis con niños, ponía de resalto las virtudes que hoy destaco:

«La interpretación aumenta el placer del niño en el juego, haciendo innecesario el gasto de energía que tenía que hacer con el objeto de mantener la represión. Por otra parte, a veces chocamos con resistencias difíciles de vencer. Esto, por lo general, significa que nos estamos enfrentando con la ansiedad y sentimiento de culpa del niño, que pertenecen a capas más profundas de su mente.» (p. 28)

Por ello la idea de un objeto mediatizador o intermediario –en este caso la pelota–, en tanto permite poner en juego la agresividad, jugarla en lo transférencial, pero corroborando que el Analista está allí para sostenerla y no para quedar destruido como parecía ocurrir en las recurrentes discusiones de Andrés con su mamá⁵.

No puedo obviar en este punto el establecer un vínculo entre estos objetos intermediarios y el *objeto transicional* winnicottiano. Cuando este autor (1992) resume las cualidades especiales de la relación que se establece con el objeto transicional, afirma:

«El objeto es acunado con afecto, y al mismo tiempo amado y mutilado con excitación.» Unas líneas más abajo agrega: *«Tiene que sobrevivir al amor instintivo, así como al odio, y si se trata de una característica, a la agresión pura.»* (p. 22) Ejercicio del maltrato que Winnicott pone de relieve, a modo de necesidad, bajo la condición de la supervivencia del objeto.

Sin embargo cabe señalar que ese objeto no es el semejante, aunque en ocasiones esto también pueda ocurrir. Ese objeto *ofrecido por la madre -creado por el niño*, es y no es al mismo tiempo la madre.

El propio Winnicott, invocando el simbolismo, subraya una cualidad sustancial: *«Pero lo que importa no es tanto su valor simbólico como su*

5 A veces se recurre a un intermediario para proteger a algunas mamás cuando se han agrietado los pezones durante el amamantamiento.

realidad. El que no sea el pecho (o la madre) tiene tanta importancia como la circunstancia de representar al pecho (o a la madre).» (pp. 22-23)

Algo de esto ocurre en el ejemplo de la pelota con Andrés, pero no podríamos decir que la pelota es un objeto transicional.

El contexto al que asistimos es el de un niño cuyo pensamiento padece una importante cuota de omnipotencia. La fantasía encuentra así un terreno fértil donde engrosar su carácter de *realidad psíquica*.

Tal vez sea lícito decir que, en general, a cualquier niño podría resultarle más difícil que al adulto determinar si sus fantasías o sus actos agresivos son o no efectivamente dañinos, y cuál es el alcance de su destructividad. Es cierto que en él van operando sucesivos ajustes de su percepción de la realidad. Sabemos también que en el niño neurótico tales ajustes son más defectuosos o demorados.

En cierta ocasión olvidé, al despedirme de Andrés, que su siguiente sesión coincidiría con un feriado. La madre se sintió obligada a llamarme para confirmar que ese día yo no trabajaba, ya que él insistía que no era posible que yo me equivocara.

También en este caso contradijo la versión materna cuando se lo mencioné. Todo reconocimiento de sus afectos, de la vulnerabilidad a la que ellos nos someten, amplificaba su vivencia de indefensión. Más aún cuando me atribuía en ese 'no equivocarme' tantos poderes frente a él. Por eso afirmo: no solo lo agresivo o las culpas que la agresividad provoca son los responsables de las resistencias a las que nos enfrentamos.

No obstante en otras sesiones fue él mismo quien creó el objeto intermediario o mediatizador (¿heredero del objeto transicional?). En el ejemplo de la pelota fui yo quien lo ofrecí. ¿Paradoja winnicottiana que reencontramos a lo largo de toda la vida y en todo análisis?

La pertinencia de estos objetos mediatizadores en el análisis con niños queda justificada, además, por la intensidad con que ese amor o ese odio emergen. Es decir, la vivencia subjetiva de dicha intensidad es determinante.

Coloquémonos entonces del lado del objeto amado y necesitado. Imaginemos la intensa furia que desencadenó mi ausencia, resignificando tantas otras, y potenciada por las ausencias maternas y paternas (muy disímiles entre ellas).

Alicia, en este caso, ¿resistirá, tolerará o perecerá y no podré disponer más de ella? ¿Se desbordará como mamá? ¿Será tan frágil como papá?

Y si nos ubicamos en el polo del objeto odiado-persecutorio: ¿qué me hará después? ¿Me atacará?

La personificación de la pelota cumple así el objetivo de permitir que emerja la agresividad contenida, sin dejar de contemplar la necesidad de preservar al Analista. Provoca asimismo la constatación del límite en relación con la intensidad, en la medida que la fantasía puede ser contrastada con la realidad: el Analista permanece indemne.

La tendencia a la personificación en el juego fue señalada por M. Klein tempranamente (1929): «*El conflicto intrapsíquico se hace así menos violento y puede ser desplazado hacia el mundo externo*». (p. 211) El movimiento adicional que en nuestro ejemplo se produce es el de un acto analítico de carácter ilocutorio (declarativo) por el cual la Analista habilita el mecanismo personificador y se presta a jugar ese rol protagónico.

He observado en ocasión de patologías más severas que es el propio analista quien debe prestarse como objeto mediatizador, ofreciendo su *aparato para pensar*. Me refiero a aquellos niños «*con gran intolerancia a la frustración y al dolor psíquico; sienten el dolor pero no lo pueden 'sufrir'*». (Grinberg, 1973, p. 45) En ellos predomina una tendencia a la evacuación.

En un trabajo anterior (1995), a propósito del trabajo con una niña a la que llamé Florencia, planteaba que «*hablar de mí se constituía en una especie de salvoconducto que permitía –a modo de estreno– pensar en ella y con ella sobre ella misma*». Me preguntaba luego si «*saber del sufrimiento a través mío posibilitaba una dosificación imprescindible del dolor...*» (pp. 413-414)

TERCER AÑO DE TRATAMIENTO: UN EPÍLOGO EN RELACIÓN A ANDRÉS

Diré desde ya que Andrés no se transformó en un niño expansivo, comunicativo, autoafirmativo... Llegué a creer que esto sí era posible⁶ cuando

6 ¡Nunca dejamos de creer del todo en los Reyes Magos!

en una de las últimas entrevistas con la madre, esta manifestó que en el Colegio y en la familia todos estaban asombrados por sus cambios. Algunos amigos de la pareja habían comentado que era «*otro niño*». Pero, quizás por suerte, Andrés seguía siendo el mismo niño, aunque hubiera ganado en confianza y, concomitantemente, en autenticidad.

Ya no sentía que todo se cortaba abruptamente, que todo se perdía sin que él pudiera conservarlo. El «*no me acuerdo*» fue progresivamente sustituido por el «*¿te acordás?*». Y como precisamente podía sentirse el mismo –no otro–, en su casa materna y paterna, en su tratamiento y en el Colegio, narrativizaba sus experiencias: las contaba e interrogaba a sus interlocutores cuando algo no era entendido por él o le preocupaba. Lentamente, además, podía explicitar sus necesidades, sus deseos... su demanda.

Empezó a reprocharle a su padre los olvidos o promesas incumplidas en relación con él. Pero también le contaba, en exclusividad, sus primeros encuentros y desencuentros amorosos con compañeras de su clase. ¡Y lo consultaba!

Manténía con su madre cierto opositorismo respecto a los hábitos de higiene. Más aún, yo diría que Andrés había dejado de ser un niño extremadamente cuidadoso (controlado) con la limpieza y el orden.

En consonancia, también se habían terminado aquellas tardes de descontrol, de gritos y llantos entre ambos. Andrés empezaba a tener otros diálogos con su madre. Ubicado en el lugar de hermano mayor⁷ le preguntaba preocupado a Mónica por qué su hermanito menor estaba tan celoso ante el advenimiento de un nuevo integrante en la familia.

Esta progresiva afirmación de sí mismo tuvo un punto culminante en una sesión en la que Andrés se preguntaba cómo ser varón y qué tenía yo para darle:

ANDRÉS — ¿Me sostenés? (*Reforzando una pelota de papel hecha por él.*)
¡Golazo!

ANALISTA — ¡Varonazo!

7 Su madre había tenido con Marcelo otro hijo varón y estaba embarazada nuevamente.

Había dejado de agredir a sus compañeros; podía conservar sus amigos. Trabajaba en forma independiente; no llamaba la atención de la maestra ni recurría a ella permanentemente. Cuando lo hacía, podía esperar su turno.

Había adquirido un gusto por la lectura muy marcado. Contaba su madre que por las noches la última luz que se apagaba era la de Andrés, porque le gustaba leer cuentos hasta tarde: un rasgo identificador positivo con su padre y con su abuelo paterno.

Más allá de lo transmitido, considero que la mejor forma de dar cuenta de la evolución de Andrés es a través de una viñeta en la que *participa* la misma pelota de aquella otra sesión. Entre una y otra, ha transcurrido poco menos de un año. También ha acontecido una separación entre ambos: las vacaciones. La terminación del tratamiento ha sido comunicada con anterioridad a las mismas; restan tres meses de trabajo en común.

ANDRÉS —(*Entusiasmado*) ¡Vamos a jugar con la pelota! ¿No se tiene que inflar? (*La toca y comprueba que está bien, no necesita ser inflada; la hace rodar por el piso.*) ¿Cómo camina sola?

ANALISTA —¿Cómo vas a hacer vos para caminar solo cuando no estemos más juntos? Te preguntás si vos podrás, como la pelota, caminar solo y conservar lo que yo te he dado. La pelota no perdió el aire...

ANDRÉS —Vení, pelotita. ¡No te vayas!

ANALISTA —¡Todavía no, Alicia, que te necesito!

ANDRÉS —(*Le pega con fuerza y la pelota va de un lado a otro con vigor.*)

ANALISTA —¡Qué fuerza!

ANDRÉS —Soy yo que la tira.

ANALISTA —Sos vos el que se siente más fuerte, que me tirás—alejás a mí, que querés terminar y probar a andar solo, con esa nueva fuerza... Por un lado está el temor a que ya no esté aquí para ayudarte; por otro lado las ganas y la fuerza para seguir solo adelante.

ANDRÉS —¿Te acordás que estaba la línea ahí? ¿Cómo se llamaba ese juego? (*Se trata de una línea hecha con cinta adhesiva que él necesitaba para demarcar las dos canchas —la de él y la mía—, y que ahora no la necesita. Cada uno toma luego su posición en la respectiva cancha, lo que me lleva a interrumpir cualquier registro escrito de la sesión.*)

Va sola, ¿viste?

ANALISTA —Como vos, que vas a poder ir solo, sin Alicia.

ANDRÉS —¡Escribí! (*Autorizándome a detener el juego y registrar lo dicho.*) ¡Ay! ¡Se va...! (*apenado*) Se fue.

ANALISTA —Aunque dé pena, hay que irse. ¿Puedo escribir entonces?

ANDRÉS —¡Sí! (*Ríe conmigo...*) ♦

RESUMEN

El presente trabajo relata una historia analítica; su texto ha sido elegido como un pretexto para pensar sobre las particularidades del discurso analítico en el trabajo con niños. De este modo, se ilustran algunos instrumentos donde el gesto, la caricatura, el absurdo y la broma adquieren una particular importancia.

El material clínico pretende representar aquellas situaciones en las que los pacientes forjan una resistente barrera –defensas rígidamente estructuradas– contra cualquier intervención analítica, con cierta sistematicidad. En estas circunstancias el carácter de los afectos implicados puede ser amoroso o agresivo, y el estado de ánimo de alegría o tristeza.

Se desarrolla también el concepto de «objeto intermediario o mediador», que el autor propone como tal, y se lo relaciona con el «objeto transicional» winnicottiano y con el proceso de «personificación» kleiniano.

Los mismos conceptos han sido pensados en relación a patologías severas en las cuales podría ser posible apreciar algunas particularidades.

Descriptor: DISCURSO / PSICOANÁLISIS DE NIÑOS / INTERVENCIÓN / OBJETO TRANSICIONAL / MATERIAL CLÍNICO

SUMMARY

The present work tells an analytic story; its text has been clipped as a pretext to reflect about the particularities of the analytic discourse in the work with children. Thus, some instruments in which the gesture, the caricature, the absurd and the joke acquire a particular importance are illustrated.

It is also developed the concept of «intermediary or mediator object» which the author proposes as such and relates with the winnicottian «transitional object» and the kleinian process of «personification». These same concepts have been thought in relation to more severe pathologies in which it would be possible to appreciate some particularities.

Keywords: DISCOURSE / PSYCHOANALYSIS OF CHILDREN / INTERVENTION / TRANSITIONAL OBJECT / CLINICAL MATERIAL

BIBLIOGRAFIA

- AUSTIN, J. *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona, Paidós, 1990.
- BENVENISTE, E. *Problemas de Lingüística General*. México, Siglo XXI, 1977.
- BLEICHMAR, S. *La fundación de lo inconciente*. Bs. As., Amorrortu, 1993.
- BROCHIER, J.J. y FUSCO, M. Recorrido de Umberto Eco de la semiología a la literatura. En: *Revista Zona Erógena*, v. 17, 1994: 14–19.
- BRUNER, J. *Acción, pensamiento y lenguaje*. Madrid, Alianza, 1989.
- CASAS, M. (1991). Gesto, juego y palabra. El discurso infantil. En: *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, v. 74, 1991: 25–44.
- GRINBERG, L. *Introducción a las ideas de Bion*. Bs. As., Nueva Visión, 1979.
- KLEIN, M. La personificación en el juego de los niños. *Obras Completas*, T. 1. Bs. As., Paidós, 1990.
- KACHINOVSKY, A. *Preludio a los procesos de simbolización*. Presentado en el Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 1993 (Inédito).
- . Historización y lenguaje. Afectación de una narrativa desafectivizada. En: *Lo arcaico, temporalidad e historización*. Mvideo. Asociación Psicoanalítica del Uruguay; 1995: 409–415.
- WINNICOTT, D. *Realidad y juego*. Barcelona, Gedisa, 1992.